



María Romero Pérez

Cenizas de un octubre helado

**PREMIO JORDI SIERRA I FABRA
2015**



Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: María Romero Pérez, 2015
© de la ilustración: Mónica Armiño, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Cómo podrías renacer sin antes
haber quedado reducido a ceniza.*

NIETZSCHE

Capítulo 1

Tras la quinta lectura, y con una sonrisa de satisfacción personal, Joaquín pulsó el botón de enviar y se despegó de la pantalla. Cerró su correo instantáneamente y se levantó de aquel sillón que ya había comenzado a amoldarse a la forma de su espalda. No pudo contener un suspiro, que al escapar de su boca se esparció por el pasillo en el que se encontraba, mezclándose con el fuerte olor a pino que desprendían los ambientadores de aquel tren. Estaba solo en aquella mesa rodeada por cuatro asientos, y parecía haber menos gente que nunca.

La grabación que anunciaba la parada próxima siempre comenzaba con tres pitidos –posiblemente con la intención de despertar a pasajeros dormidos– que el joven jamás había soportado. Sin embargo, el tiempo y los innumerables viajes realizados habían conseguido acostumbrarle a ellos.

Mientras sonaba el segundo, dirigió la mirada a la ventana y contempló el paisaje. La velocidad del tren transformaba las vistas en diapositivas muy cortas: cuatro filas de invernaderos, un gran casón blanco rodeado por palmeras y una gran extensión de campo. En la lejanía, teniendo

que forzar mucho la vista, Joaquín divisó un edificio de color crema.

—¡Estación de Vinaròs! —exclamó un instante antes de que el tercer pitido sonase como último aviso.

Y, segundos después, una voz mecanizada avisó a los pasajeros que Vinaròs era la próxima parada. Joaquín levantó el puño en señal de victoria y comenzó a agradecer los aplausos de un público que no existía.

Volvió a dejarse caer en el asiento tras ese ataque de euforia y puso la mano en el ratón de su portátil. Su fondo de pantalla saltó de pronto. A juzgar por el aspecto del chico, la foto había sido tomada hacía poco; el pelo moreno caía sin orden alguno hasta llegar a sus gafas de la misma forma que lo hacía en el rostro que reflejaba la pantalla. En cada uno de sus hombros se apoyaba el codo de dos hombres de mediana edad con una sonrisa que acentuaba las arrugas de sus frentes. Ambos sujetaban un periódico abierto de par en par, mientras que Joaquín, sentado en lo que parecía ser un escritorio, enseñaba sus dos pulgares y guiñaba un ojo.

Joaquín Tormo, nacido el 13 de mayo de 1995, era ya un reputado periodista en Barcelona. Había sabido cómo escalar hasta colocarse en las editoriales más importantes, pese a que aquella no fuese su ciudad natal. Valencia perdió una buena pieza al dejarlo marchar, pero el joven periodista se enamoró de aquella ciudad nada más llegar y aceptó el primer trabajo que le ofrecieron.

Sin embargo, sentía a menudo la necesidad de visitar a su hermana y a su abuela, puesto que la idea de perder el contacto con su única familia le aterraba. El viaje a Valencia el 26 de enero era el primero de muchos aquel año.

–Disculpe, ¿le apetecería algo de beber?

Aquel atrevido acento de algún lugar de Sudamérica, acompañado de un par de golpes en la mesa, le sobresaltó.

–Muchas gracias, creo que no me vendría mal un poco más de café.

–¡Sí! –respondió, alargando la última vocal mientras sacaba una taza en la que servirlo—. El café está recién hecho. Está divino. ¡Ahora mismito estaba diciéndole a otro pasajero, que también me lo pidió, que como no tenga cuidado al beberlo, le dejará la lengua peor que a mi marido el día que le dio por comerse un chile de golpe!

–Lo tendré en cuenta –respondió, con una mueca alegre provocada por la vitalidad de aquella mujer.

–Mi marido siempre repetía que odiaba el café, ¿sabe? Yo no sé si será porque siempre ha tenido mucho roce con los colombianos o qué, pero en mi casa solo se ...

El relato de la mujer se cortó cuando la mesa del tren comenzó a vibrar y ambos se giraron hacia ella.

–Es mi teléfono, debo cogerlo. Vuelva en un momento con esa taza de café, ¿trato hecho?

Joaquín le dio las gracias con la cabeza y respondió a la llamada, dejando a aquella empleada maldiciendo la adicción de los jóvenes a los móviles y con otras muchas historias sobre su marido atascadas en la garganta.

–¿Diga?

–Buenas tardes, ¿Joaquín? Soy Fermín, de la editorial.

–¡Buenas tardes, don Fermín! Dígame, ¿qué se le ofrece?

–Por favor, Joaquín, te he dicho mil veces que me tutees. A ver qué te parece: firma en Valencia, el fin de semana que viene, a las seis en punto.

Resopló, sin importarle que su interlocutor pudiese escucharlo.

—No me parece.

—¡Vamos! *Noviembre* ha arrasado en apenas un mes en las librerías. Amalia podría firmar aunque fuese una horita, para promocionarlo aún más.

Joaquín, que negaba con la cabeza, carraspeó e intentó adoptar la voz más firme que sus cuerdas vocales le permitían.

—Fermín, creo que ya lo dejamos claro la última vez. Mi abuela ya es mayor para esas cosas.

—¡Bobadas! Venga ya, prometo que no se alargará más de una hora.

—Seguimos en contacto, hasta otra.

—¡Espera, no...!

Colgó, acentuando el punto final de su respuesta definitiva. Dejó el móvil y las gafas sobre la mesa y se peinó el pelo con ambas manos mientras notaba cómo el tren disminuía la velocidad hasta parar.

Llevaba varios días sin hablar con su abuela. Joaquín se percató de que su última conversación había sido tras recibir por primera vez la oferta de Fermín, y se sintió aún más seguro de su decisión al recordar su negativa. Era consciente de que la escritura era, como ella decía, el corazón que bombeaba la tinta que tenía por sangre. Sin embargo, había dejado de gustarle aquello de las firmas y las ferias; había perdido la ilusión por todo excepto por teclear sus historias. Por eso su última novela había tenido tanto éxito, porque en ella había volcado su hálito de vida.

Marcó el número de su abuela de manera automática, y sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro mientras hacía crujir sus dedos. Cuando ya no le quedaban nudillos que hacer sonar, escuchó el séptimo pitido que dio paso al contestador. «No es extraño que no lo coja», pensó. «Ella no está acostumbrada a llevar el móvil siempre encima».

–Oiga, ¿quiere ya su café?

Joaquín giró la cabeza para volver a encontrarse con aquella empleada, que ahora golpeaba de forma aún más nerviosa la mesa con una taza de café en la mano.

–Sí, muchísimas gracias, y llévese este.

Intercambió la taza que había estado sobre su mesa por una nueva llena de café.

–Aunque le aviso de que ya no está recién hecho. Y no me vaya a tomar por mentirosa ahora usted, ¿eh?

La mujer soltó el carrito en el que llevaba las bebidas y mostró las palmas de sus manos en alto.

–Que si yo se lo hubiese servido cuando tocaba –continué–, habría probado usted lo que yo prometía. ¡Se lo juro como que me llamo María Elena!

–Seguro que está delicioso igual.

–Bueno, ya me dice usted. Aunque, de todas formas, ya le digo que jamás va a probar un café tan bueno como el que hacía mi madre, que en paz descanse.

La mujer se santiguó y Joaquín, perplejo, le agradeció de nuevo su servicio antes de que se marchase.

De nuevo, trató de realizar la llamada. No tuvo éxito.

Dio un sorbo al café y dejó que aquel amargo sabor descendiese por su garganta y fuese ocupando sus preocupaciones interiores. Se colocó los dedos sobre la frente y se

masajeó mientras marcaba de nuevo el número, fallidamente. Cada vez que saltaba el contestador, colgaba y bebía un trago.

Tan solo dejó de intentarlo cuando en su boca no cayó ni una sola gota de café.

Intentó tranquilizarse de todas las formas posibles. «Llegarás en menos de una hora y podrás hablar con ella cara a cara, vamos», trataba de convencerse.

Sintió que las paredes se le caían encima, que la cabina cada vez era más estrecha y que el aire cada vez era más escaso. Abrió la puerta y caminó por el pasillo.

Cuando por fin llegó al final del tren, abrió la ventana que comunicada con el exterior y dejó que la brisa le atacase de golpe, dándole derecho a batirse en duelo con su ropa. Inhaló mucho de aquel aire que tanto añoraba, que al pasar por su garganta adquirió un leve sabor a café. Cerró los ojos, puso los dedos sobre el cristal y un profundo sentimiento de alivio le invadió. Justo después lo hizo el sentimiento de estupidez por aquel ataque de nervios tan absurdo, y tras este, volvió el alivio.

Notó una vibración en el bolsillo que le hizo llevar su mano hasta él de forma casi automática. «¿Ves? Solo tenías que esperar un poco», se recriminó. Miró la pantalla del móvil, y la decepción eliminó todo aquel alivio cuando leyó el nombre de su hermana en la pantalla.

—¡Rosa! —Disimuló—. En una hora me tienes allí, que el tren se ha retrasado un poco.

—Jo... Joaquín...

—¿Qué pasa, no tienes ganas de verme?

—Vete a casa de la abuela en cuanto llegues.

Incluso a través del teléfono pudo notar el esfuerzo que su hermana hacía para calmarse y hablar coherentemente.

—¿Pero ha pasado algo?

—Ven aquí en cuanto llegues, por favor.

Y cuando finalizó la llamada, también lo hizo el movimiento de sus ropas. Aquellas palabras habían sido capaces de absorber el aire del exterior y de ahogarlo completamente.

El tren ya había arrancado. Joaquín se mantuvo inmóvil con la mirada fija en el camino que iba dejando atrás. Ni tan siquiera el irritante pitido que aún emitía su teléfono le hizo reaccionar. Colgó tras unos segundos que se le hicieron horas, mientras su mirada y su cuerpo seguían sin cambiar un ápice.

No se movió en una media hora en la que trató de no pensar. Cuando volvió a su asiento, clavó la mirada en sus ojos reflejados en la pantalla negra de su ordenador, e intentó olvidar las conjeturas que explotaban en su cabeza. Tan solo el primer pitido del tren consiguió sacarle de aquel estado de *shock* temporal.

A la voz mecanizada que anunciaba la llegada a la estación de Valencia le acompañó el ruido de las ruedas de su maleta dirigiéndose a trompicones hacia la salida.

